



EL CAIRO.

LAS CALLES Y CASAS DE MADRID.

RECUERDOS HISTÓRICOS (1).

CUARTEL DEL CENTRO.

Entre las espléndidas calles de *Atocha* y de *Alcalá*, de Mediodía á Oriente, existe el distrito mas importante y ostentoso del Madrid moderno, que vino á incorporarse al antiguo á mediados del siglo XVI con la supresion de las cercas y puertas de *Anton Martín* y *del Sol*; y supuesto que ya tratamos en su artículo correspondiente de las calles situadas dentro de este presumido límite, nos ocuparemos ahora en las exteriores desde la *del León* y *del Baño* inclusive, *Carrera de San Gerónimo* y calle de *Alcalá*.

La plazuela de *Anton Martín*, en cuyo sitio estuvo la puerta, y que vino á ser con la confluencia de las calles antiguas y nuevas un centro muy importante, una especie de *carrefour* ó encrucijado parecido á la Puerta del Sol, continuó después con el nombre de *calle baja de Atocha* por el camino que guiaba al antiquísimo santuario de aquella veneranda imagen, concurridísimo desde los tiempos primitivos de Madrid, y en cuya direccion se hallaban situadas las ermitas de San Cebrian, San Sebastian, Santa Catalina, Santa Coloma, Santa Polonia, San Joan Evangelista y del Santo Angel de la Guarda.—Dicha plazuela tomó

el nombre de *Anton Martín* del venerable hermano, compañero y discípulo de San Juan de Dios, que en el año de 1552 fundó en aquel sitio (estramuros entonces de la villa) el famoso *Hospital de Nuestra Señora* para los enfermos de mal venéreo, que aun existe, servido por los religiosos de la misma orden hospitalaria, que se han conservado aun después de la supresion de los regulares, y es considerado como una parte de los hospitales generales sostenidos por la municipalidad y á cargo de la junta de Beneficencia. Es establecimiento muy importante y bien servido, que consta de diez salas con unas 250 camas, en que son asistidos un año con otro mas de 1600 enfermos. La iglesia, construida á mediados del siglo XVII y reedificada á fines del último, es bastante regular en su forma y adornos, y notable además por las buenas esculturas modernas, entre otras los dos pasos del *Ecce homo* y los *Azotes*, que salen todos los años en la procesion del Viernes Santo.—Casi frente de esta casa religiosa está el otro *Hospital Real de Nuestra Señora de Monserrate*, para los naturales de la corona de Aragon, fundado en 1616 en una casa de campo sita en el barrio de Lavapiés (donde ahora las Escuelas pías de San Fernando), que habia cedido para ello D. Gaspar Pons; y trasladado al sitio que ahora ocupa en 1658, bajo el patronato de S. M. y del Consejo de Aragon. La iglesia, concluida en 1658, es buena y tiene dos hermosas capillas, una de *Nuestra Señora del Pilar* de Zaragoza, y otra de la *de los Desamparados* de Valencia, servidas por las cofradías de naturales de aquellos reinos. El hospital creemos que en el día tenga escaso ó ningun uso.

En medio de dicha plazuela se construyó á mediados del siglo pasado por el célebre arquitecto *churrigueresco* D. Pedro Rivera, la es-

23 DE OCTUBRE DE 1855.

(1) Véanse los números anteriores.

travagante fuente que ha quedado, juntamente con la *portada del Hospicio*, como emblemas de aquel gusto y escuela, y que como tal y página del arte merece ser conservada con mas razon que las posteriores, contemporáneas á nosotros, de la calle de Toledo, Red de San Luis y plazuelas de Santa Ana, del Progreso, de Bilbao y de Puentes, que mas bien que páginas del arte moderno, vienen á ser borrones echados en él.

Los objetos mas notables de aquella parte de la calle de Atocha, desde dicha plazuela hasta la puerta ó salida de dicho nombre, consisten tambien en los *Hospitales generales* (además de aquellos dos que quedan mencionados), y en otras casas religiosas de recogimiento y de beneficencia. El origen de aquellos, ó mas bien la reunion en uno comun de los diversos que con distintas denominaciones existian en el antiguo Madrid, fué obra del rey D. Felipe II, y tuvo efecto por los años de 1581, en el edificio situado entre la calle del Prado y Carrera de San Gerónimo, donde estuvo después el convento de *Santa Catalina*, y hoy las casas del mismo nombre. A él vinieron á reunirse el *del Campo del rey*, que estaba á la puerta de Segovia, el *de San Ginés*, el *de la Pasion*, cerca de San Millán, el *de Convalecientes*, de la calle Ancha de San Bernardo, el *de la Paz*, en la calle del mismo nombre, y otros; pero á pocos años de verificada esta reunion, y habiéndose hecho sentir necesariamente la incapacidad del edificio, se trasladó el *Hospital general* al sitio en que hoy se encuentra, donde se hallaba establecido un albergue para los mendigos, que habilitado en la forma conveniente pasó á ser hospital de hombres, y ocuparon los enfermos en 1605; pocos años después se fabricó tambien un edificio contiguo para *Hospital de la Pasion*, de mujeres, en las casas que habian sido de D. Luis Gaitan de Ayala, y ambos hospitales generales siguieron, con la proteccion de los reyes y la especial del Consejo de Castilla, con las subvenciones y arbitrios concedidos sobre las casas de comedias é impuestos municipales y reales, y con las limosnas y mandas piadosas; en un estado de prosperidad hasta principios del siglo pasado, en tiempo de las guerras de sucesion, que vinieron á una espantosa decadencia; pero la magnanimidad del rey D. Fernando el VI vino á levantar de su postracion este piadoso instituto, á costa de enormes sacrificios, donaciones y mercedes; su sucesor el gran Carlos III, emprendió, bajo la direccion del ingeniero D. José de Hermosilla, la obra colosal del Hospital Nuevo, que después continuó bajo la direccion de D. Francisco Sabatini, y que seria verdaderamente asombrosa si hubiese llegado á terminarse.—Hoy corre la direccion y administracion de este inmenso hospital á cargo de la Junta de Beneficencia, y el servicio al de los profesores facultativos, de las hermanas de la Caridad, y de la congregacion fundada por el V. hermano Bernardino de Obregon, y es lo mejor posible en un establecimiento tan vasto y complicado en que entran próximamente en cada año mas de 18,000 enfermos de ambos sexos, y que exige un presupuesto anual de dos millones y medio, contando únicamente con un ingreso fijo de poco mas de la mitad.—El *hospital de convalecencia* estaba mas arriba, esquina á la calle de San Eugenio, en la casa que hoy ocupan las oficinas de la Junta de Beneficencia, y quedó suprimido en 1856.

Contiguo al vasto edificio del General, en el que ocupaba antes el ya dicho hospital de la Pasion, se instituyó en 1798 el *colegio de cirugía de San Carlos*, que tan alto renombre llegó á adquirir en la ciencia, y que después con el plan general de Estudios ha quedado formando parte de la Universidad central, con el titulo de *Facultad de Medicina*; habiéndose construido para él en estos últimos años un suntuoso edificio sobre la estensa superficie de 205,705 pies, con espaciosos salones, cátedras, anfiteatros de diseccion, gabinetes anatómicos y biblioteca.

En la acera frontera, y casa núm. 117 moderno, se colocó en 1609 un recogimiento de niños y niñas huérfanas llamado de *Nuestra Señora de los Desamparados*, que ya existia anteriormente en Santa Isabel, labrándose entonces de orden del rey la casa é iglesia que hoy tienen, y destinándose en ella una habitacion para mujeres enfermas é impedidas, llamadas vulgarmente las *Carracas*, y otra para casa de maternidad.—Tambien estaba unida á él la reclusion de mujeres, á quienes sus parientes hacian retirar, y era conocida por la de *San Nicolás de Bari*.—Hoy se halla dedicada esta casa á *hospital de hombres incurables*, bajo el titulo de *Nuestra Señora del Cármen*, fundado en 10 de octubre del año pasado de 1852.—Inmediato á este edificio, en el número 115 de la misma calle, está el *Benéfico de hermanas de la orden tercera*, llamadas de San José, y en él fué establecida en 1857 la primera *Sala de asilo ó Escuela de párvulos*, fundada por la *sociedad filantrópica para propagar y mejorar la educacion del pueblo*; dignísimo establecimiento que lleva el nombre de D. N. Virio, excelente español que falleció en Viena en 18... , dejando para este objeto un cuantioso legado; la primera de su clase en Madrid, y que merece ser visitada, así como las otras de las calles del Espino, de Embajadores, de los Reyes, etc., que siguieron á esta.

Por último, frente al Hospital General se hallaba el convento de *clérigos agonizantes* bajo la advocacion de *Santa Rosalia*, fundado por el marqués de Santiago en 1720, que quedó suprimido como todos los de regulares, y demolido después, fué construida en su lugar una casa particular.

Las calles traviesas entre ésta y la de San Juan, que tambien sale al Prado desde la plazuela de Anton Martin, son las denominadas hoy *Costanilla de los Desamparados*, de *Fúcar*, de *San Pedro*, de la *Leche* y de la *Alameda*, de *Cenicero* (antes de la *Redondilla*), del *Gobernador* y de la *Verónica*, y ofrecen poquisimo interés bajo el aspecto histórico ni material.—El objeto mas notable y acaso único que se presenta en ellas digno de especial mencion, comprende las manzanas reunidas 260 y 261 entre las calles de San Juan, de la Verónica y la Alameda, al paseo del Prado, y es la *Real fábrica Platearia*, magnífico edificio y establecimiento fundado por el gran Carlos III para premiar el mérito y aprovechar la laboriosidad y conocimientos de D. Antonio Martínez, natural de Huesca en Aragon, bajo cuya direccion dispuso crear en ella uno de los establecimientos fabriles mas importantes y adelantados del reino. El edificio, concluido en 1792, es de lo mas grandioso y bello de Madrid: su elegante fachada principal, de orden dórico, enriquecida con una hermosa columnata, la estension del gran taller ú obrador, y la distribucion, orden y comodidad de las demás dependencias, acreditan el buen gusto del arquitecto. Son igualmente magníficas las máquinas que sirven para la elaboracion, y los primorosos objetos de arte contruidos desde el principio en esta real fábrica, son demasiado conocidos y apreciados en toda España para que nos detengamos en encaucarlos. Después de la muerte de Martínez, y habiendo pasado la propiedad de esta magnífica fábrica á su hija Doña Josefa, casada con el laborioso, honrado y simpático coronel D. Pablo Cabrero, recibió en sus manos estrordinarios adelantos, no solo en su objeto principal, sino tambien en la parte material del edificio, que aumentó y enriqueció considerablemente, construyendo de planta una gran parte de él hacia la calle de la Alameda, y colocando en ella el precioso *Diorama del Escorial*, pintado por Mr. Blanchard, y otros establecimientos; rompió tambien al Prado la calle del *Gobernador*, y en su último extremo se levantó el edificio para la *Fábrica de bujías de la Estrella*.

La calle del *Fúcar*, llamada con mas propiedad antes de los *Fúcares*, tomó este nombre de los famosos contratistas flamencos en el reinado de Carlos II (*los Fuggars*), cuyas casas y jardines estaban en ella, creemos que en la manzana 250, núm. 9 antiguo, 15 moderno, en el inmenso espacio descampado hoy, aunque cercado, que se estiende entre dicha calle y la Costanilla, terreno malamente desaprovechado, conocido por el *Corralon de los Desamparados*, que podría utilizarse construyendo en él un estenso mercado que tanta falta hace en aquellos barrios, especialmente desde que desaparecieron los cajones de la plazuela de Anton Martin.

Pero entre dicha calle de San Juan y la del Leon hasta la del Prado hay un distrito mas interesante por sus edificios y tambien por los recuerdos históricos y literarios que á él van unidos. Empezando á recorrerle por la dicha calle del Leon que le limita en su parte alta, y que—sea dicho de paso—es una de las mas rectas y alineadas de Madrid, hallaremos en ella un caserío nuevo casi del todo de pocos años á esta parte, y un bello y suntuoso edificio titulado *El Nuevo rezo*, que es el principal ornamento de dicha calle, y fué obra segun creemos del célebre arquitecto Villanueva en los últimos años del siglo pasado; perteneció á los monjes Gerónimos del Escorial, que tenian el privilegio de la impresion de los libros del rezo divino, y hoy al real patrimonio, que lo tiene cedido para habitacion del *Patriarca de las Indias*, y últimamente se ha colocado en su parte baja la preciosa *Biblioteca de la Academia de la Historia*.—Frente de él, con entrada por la calle de las Huertas, hay otro gracioso edificio tambien moderno, construido para las oficinas y juntas del *Honrado concejo de la Mesta*, á que hoy ha sustituido la *Asociacion general de ganaderos del reino*.

Prescindiremos después de este aspecto moderno, para considerar la calle antigua que desde su principio, ó por lo menos desde el siglo XVII, vemos designada ya, no sabemos por qué motivo, con el titulo del *Leon*.—A su entrada por la calle del Prado hasta las de *Francos* y *Cantarranas*, se ensanchaba entonces algun tanto, formando una plazuela en que habia plantados árboles, y que era conocida con el nombre de el *Mentidero de los representantes*, sin duda por ser el punto de la reunion de cómicos y aficionados como ahora la plazuela de Santa Ana.—Con este nombre vemos designado dicho sitio en el graú plano de 1656, en los escritos de Quevedo, Lope, Villamediana y otros, y en el testamento del obispo del Cuzco D. Manuel de Molinedo y Angulo, que espresamente dice que «tenia en Madrid la casa de sus padres en la calle del Leon, *Mentidero de los representantes*.»

—Todas aquellas cercanías están impregnadas, por decirlo así, de la memoria de los antiguos autores y actores dramáticos que vivieron en

ellas, ó las frecuentaron, cuya preferencia se explica naturalmente por la inmediación de los antiguos corrales de la *Pacheca* y de *Burquillos* en la calle del Príncipe, y de *Cristóbal de la Fuente* en la del Lobo, de que ya tratamos en artículos anteriores. Acaso también contribuyó á ello otra circunstancia de carácter religioso de que hace mención el erudito Pellicer en su *Tratado histórico de la comedia y del histrionismo en España*.—Dice, pues, que Catalina Flores, casada con un Lázaro Ramírez, de ejercicio buhonero, habiendo quedado tullida á consecuencia de un parto, determinó hacer una novena á una devota imagen de Nuestra Señora que estaba en la calle del Leon, esquina á la de Santa María, y para obligarla mas, pasaba las noches en la calle, siendo tanta su fé, que el último de ella (que fué el 13 de julio de 1624) se sintió buena del todo y colgó las muletas al pié de dicha imagen; y de esta milagrosa curación tomaron ocasión los representantes para elegir por su patrona y abogada á esta sagrada imagen con el título de *Nuestra Señora de la Novena*, trasladándola á la parroquia de San Sebastián y fundando en ella una cofradía ó congregación, y mas adelante el Hospital propio que existe en la travesía de Fúcar y calle de la Leche.

Consta también por los escritos y memorias de aquellos tiempos que todos los célebres actores y actrices de los siglos XVII y XVIII, desde los célebres *Agustín de Rojas* y *Alonso de Olmedo* hasta *Manuel García Parra* y *Mariano Querol*, y desde *Maria Riquelme* y *Maria Calderon*, hasta la *Ladvenant* y la *Tirana* (Maria del Rosario Fernandez), todos vivieron en aquellas calles de las *Huertas*, del *Amor de Dios*, de *San Juan*, de *Santa María*, de *Francos*, de *Cantarranas* y del *Leon*; costumbre que han continuado hasta hoy los actores contemporáneos desde *Rita Luna* é *Isidoro Maizquez* (1) hasta los señores *Guzmán*, *Latorre*, *Romea* y otros.—Los autores siguieron el mismo rumbo.—El insigne CERVANTES, que habitó unas veces en la calle de las *Huertas* hacia el núm. 16 nuevo, *frontero de las casas donde solía vivir el príncipe de Marruecos*; otra en la *plazuela de Matute*, *detrás del colegio de Loreto*; otra en la calle del Leon (ó *Mentidero*) núm. 9 antiguo, 8 moderno, en el mismo sitio en que se construye actualmente una gran casa, vino á morir finalmente en la acera frontera, casa núm. 20 antiguo, 2 moderno de la manzana 228, que habiendo sido demolida por ruinosas en 1853, se construyó de planta, dándole la entrada por la calle de Francos (hoy de *Cervantes*), y colocando sobre su puerta el busto en relieve de aquel insigne ingenio y la inscripción que expresa haber vivido y muerto en aquel sitio (2).—Poco mas abajo, en la misma calle antigua de *Francos*, y señalada con el núm. 11 antiguo, 13 moderno de la manzana 227, existe todavía en muy buen estado de conservación la casa de su propiedad en que vivió y murió en 1655 el *Fénix de los ingenios* LOPE DE VEGA CARPIO, en la cual se ve aun el patinillo que le servía de huerto (á que alude Montalvan en su *Fama póstuma*), y toda la demás distribución interior, si bien ha desaparecido con el revoque de la fachada la inscripción grabada sobre el dintel de la puerta que decía así: *Parva propria magna; magna aliena parva* (3).—Frente de dicha casa atraviesa á la antigua de *Cantarranas* (4) la pequeña titulada *del Niño* (hoy de *Quevedo*), en cuya casa núm. 4 antiguo (9 moderno) que aun existe en parte, aunque segregadas de ella las accesorias que daban á la calle de *Cantarranas*, vivió algun tiempo, y fué de su propiedad, el mismo esclarecido ingenio D. FRANCISCO DE QUEVEDO VILLEGAS (5).

(1) La primera vivía á principios de este siglo en la calle de San Juan; el segundo en la de las Huertas, número 6; y en 1840 y 41 se tituló esta calle de *Maizquez*, aunque después se revocó por la municipalidad esta denominación. También vivió en la calle de Alcalá, esquina á la de Cedaceros, y en la de Santa Catalina, número 10 nuevo.

(2) La casa en que murió Cervantes tiene esta nota en la *Vista general* y numeración practicada á mediados del siglo pasado: «Pertenece á D. Manuel Perez de la Herrán; fué de herederos de Gabriel Muñoz, que la privilegió en 5000 maravedis, en 14 de febrero de 1615; tiene su fachada á la calle de Francos 39 pies tres octavos, y á la del Leon, á que hace esquina, 43, y su toda 2988.» Posteriormente se unió á esta casa la contigua número 21, que pertenecía al mismo Perez de la Herrán, á mediados del siglo pasado, y á Pedro Hacedo en 1665, y tenía 26 pies de fachada, y su todo 998.—Hoy la nueva casa construida sobre aquellos solares creemos es propiedad de D. Luis Franco.

(3) Respecto á la casa de Lope de Vega, en dicho Registro y visita general expresa lo siguiente: «Manzana 227, número 11, á Doña Marcela del Alcázar y Zúñiga; fué de Lope de Vega y del Capitán Villegas, con 4500 maravedis, con que la privilegió dicho Lope de Vega en 14 de febrero de 1615; tiene su fachada á la calle de Francos 37 pies tres cuartos, y su todo 8557, carga 4500 maravedis, renta 5150 reales.»—Hoy es propiedad de Doña Josefa Poyatos.

(4) En el número 6 nuevo, de dicha calle y su cuarto bajo, vivió la célebre impostora apellidada la Beata Clara, y en el mismo se representaron las desgraciadas escenas que escandalizaron la corte en los primeros años de este siglo; después pasó á vivir en la casa del Campillo de San Francisco, hoy calle de los Santos, que hace esquina á la Carrera, en donde fué presa y llevada á la inquisición.

(5) En la misma calle de Cantarranas, número 43 nuevo, murió en 25 de marzo de 1844 el célebre orador parlamentario D. Agustín Argüelles.

(6) En el Registro primitivo de Aposento de 1651, dice así, aunque sin designarla fijamente por no estar efectuada todavía la numeración: «Travesía de la calle del Niño á la de las Huertas, una casa de D. Francisco de Quevedo, que fué de María de la Paz, y fué compuesta y tasada en 50 ducados.»—Y en la *Vista general*, practicada á mediados del siglo pasado, dice así: «Manzana 229, número 4. Pertenece á D. Francisco Moradillo; se compone de tres sitios: el primero fué de Don

Ultimamente, para que nada faltase á aquel distrito de su especialidad literaria, nació también en él el día 10 de marzo de 1760 y en la casa última de la calle de San Juan, con vuelta á la de Santa María, señalada hoy con los números 43 y 45, el restaurador de nuestra escena dramática y fundador del teatro moderno español D. *Leandro Fernandez de Moratin*; durante su vida adquirió otra casa en la misma calle, cuya corraliza convirtió en jardín, y en ella vivió algun tiempo. En 1751 hizo cesión á la Inclusa de esta corte de dicha casa, y de la que tenía en Pastrana.

En la calle de Cantarranas, hoy apellidada de *Lope de Vega* (1), está la iglesia y convento de Monjas Trinitarias Descalzas, fundado por D. Francisco Romero y Gaitan en 1609. En él se cree que fué sepultado en 1616 Miguel de Cervantes Saavedra, si bien su diligentísimo biógrafo el señor Navarrete consignó la duda, acreditada generalmente en el convento, y que nosotros mismos hemos oído de boca de las religiosas, de que en su principio permanecieron por algunos años en una casa de la calle del Humilladero, y que allí por lo tanto pudo ser sepultado el insigne autor; si bien afirmaban que cuando se trasladaron de nuevo á este sitio hicieron traer á él los huesos de las religiosas y sus parientes enterrados en aquella, en cuyo caso vendrían también los de Cervantes, cuya hija natural Doña Isabel profesó en este monasterio en 1614. De todos modos, es lo cierto que á pesar de las esquisitas diligencias practicadas en varias ocasiones, y muy especialmente en tiempo de la dominación francesa por el arquitecto D. Silvestre Perez, y los médicos Luzuriaga y Morejon, no ha sido posible hallar dichos preciosos restos. En el mismo convento profesó también otra hija natural de Lope de Vega, Doña Marcela, y el suntuosísimo entierro del mismo verificado en 28 de agosto de 1653 con una pompa y concurrencia nunca vista, pasó desde su casa de la calle de Francos á la de San Agustín que hace frente á las rejas del mismo convento, para que pudiera verle su hija Marcela, la de Cantarranas, la del Leon, plazuela de Anton Martin y calle de Atocha hasta San Sebastian, siendo tan inmenso el concurso, que ya habia empezado á entrar el entierro en la iglesia, y aun no habia salido el cadáver de su casa.

Este convento, sin embargo, no debía avanzar entonces tanto hacia frente á la calle de San Agustín, pues en el plano de 1536 vemos que esta (llamada entonces de *San José*) continuaba recta hasta la de San Juan, y no existía á su lado la *Costanilla* llamada de las *Trinitarias*, en cuyos términos habrá necesariamente de volver á restablecerse dicha calle cuando desaparezca este convento, y aun continuarla luego rompiendo por las accesorias de los Desamparados hasta la calle de Atocha, con lo cual se establecería una comunicación indispensable entre esta calle y la plaza del Congreso.

La última inmensa manzana de este distrito, señalada con el número 253, que comprende mas de millon y medio de piés, y que comenzando en dicha calle de San Agustín á la esquina de la del Prado se prolonga hasta este paseo, revolviendo luego por la calle de las Huertas y cerrando indebidamente las salidas á aquel paseo de las de Francos y Cantarranas, fué toda propiedad del famoso Don Francisco Gomez Sandoval, *duque de Lerma*, ministro y privado de Felipe III y cardenal después de la S. I. R. Ocupa su parte principal el estendido palacio de Medinaceli, con su fachada á la plaza de las Cortes, y jardín y accesorias al paseo del Prado y plazuela de Jesús. Contiguo á él por este lado, fundó el mismo duque de Lerma en 1606 el convento de *Trinitarias Descalzas de Jesús Nazareno*, que después de la esclaustración de los frailes fué cedido por el actual señor duque de Medinaceli á las monjas del Caballero de Gracia, y posteriormente á las de la Magdalena con la parte de huerta que le corresponde; y la otra parte que da á la calle de las Huertas, propiedad hoy del Estado, se ha cedido por el Gobierno á las *Hermanas de la Caridad* para la fundación de su casa principal. La iglesia fué destruida en tiempo de la dominación francesa; pero en una capilla habilitada para el culto se venera la célebre imagen de *Jesús Nazareno* que sale en la procesion del Viernes Santo, y á que tiene tanta devoción el vecindario de Madrid.—No contento el duque de Lerma con esta fundación religiosa contigua á su casa, destinó

«Francisco de Quevedo y Doña Maria de la Paz, con 3750 maravedis y los réditos de 150 ducados, con los que la privilegió dicho Quevedo, y de los herederos de Juan Perez, que los compuso el licenciado D. Juan Perez de Espinosa, con 18 ducados, en 50 de agosto de 1732. Tiene su fachada á la calle del Niño 49 pies, y su todo 7917; renta 1900 reales; carga 41952 maravedis.»—Quiere decir que dicha accesorio de la calle de Cantarranas, en el solar que hoy se ha construido la casa del señor Arango, pudo ser segregada después de la de Quevedo, que es la de la calle del Niño, número 9 nuevo, ya citada, la misma en que hoy está el establecimiento de grabado del *Atlas de España*, por el señor Coello.

(1) Cuando se varió el nombre de la calle de Francos, en 1853, para sustituirla el de *Cervantes*, fuimos de opinion (y así se lo dijimos al corregidor marques de Pontejos, que este nombre cuadraba mejor á la del Leon, en la cual estaba la fachada principal de la antigua casa en que murió Cervantes, además de haber vivido en otras de la misma calle, como ya dijimos arriba; con esta la dicha de Francos en que vivió, murió y tuvo su propiedad *Lope de Vega*, podía haber recibido con mayor razon este nombre que no la de Cantarranas, que hoy le lleva sin ninguna propiedad.

otra gran parte de aquel terreno por el lado de las calles del Prado y San Agustín á casa profesa de jesuitas, haciéndola construir, y una iglesia dedicada á colocar el cuerpo de su glorioso antecesor San Francisco de Borja, duque de Gandia, traido espresamente desde Roma para este efecto. Posteriormente, cuando la traslación de dichos jesuitas á San Felipe Neri, ocuparon este convento los *padres Capuchinos* de San Antonio de Padua, y hoy á la estincion de los regulares está alquilado al *colegio de enseñanza de señoritas*, y la iglesia con el título de San Antonio ha vuelto á reivindicar y ostentar en sus altares el suntuoso sepulcro del duque de Gandia.—Además de esto, el mismo cardenal duque de Lerma trajo en 1610 á la casa frontera (en que antes según dijimos estuvo el hospital general) á las religiosas de Santa Catalina de Sena, que estaba en la calle de Leganitos, y allí las reconstruyó el convento é iglesia que fué demolido por los franceses, y ocupa hoy la bella manzana de casas nuevas de los señores Urriaga.—Desde este convento al de San Antonio habia un arco ó pasadizo al término de la calle del Prado para comunicar á las tribunas, que en ambas iglesias tenia la casa de Medina-celi.—También fué propiedad de la misma la hermosa casa palacio á la otra esquina de la calle de San Agustín conocida por la casa de Abrantes, y que hoy pertenece al señor conde de Ezpeleta (1).

Con la demolicion de dicho convento de Santa Catalina, que ocupaba 77,607 piés, y la construccion en 1818 de la nueva manzana de casas, no solo se ensanchó y regularizó la estrecha y tortuosa calle contigua del mismo nombre, sino que quedó una estensa plaza dando frente al Prado.—En medio de ella mandó colocar por disposicion

muy memorable y honrosa el monarca D. Fernando VII, la estatua en bronce del «escritor ameno, del regocijo de las musas, del inimitable CERVANTES», encargada en Roma al célebre escultor español D. Antonio Solá, y que segun nuestra opinion debe ser trasladada á la plazuela de Santa Ana ó á la del Angel, como sitios mas oportunos que el que hoy ocupa: al designar el cual el difunto monarca estaba bien lejos de pensar que la colocaba á las puertas del futuro palacio del CONGRESO DE LOS DIPUTADOS.

(Se concluirá.)

R. DE MESONERO ROMANOS.

LA POLKA.

La polka con piés iguales
Huella la casa pajiza
Y los palacios reales.
(Imitacion de Horacio.)

«La polka! ¡qué horror! ¡qué espanto, Virgen Santa!... un baile tan desarreglado, el *non plus ultra* de la inmoralidad, el despeñadero de la inocencia, como si dijéramos la Sierra Morena de la gente joven, el nudo gordiano aplicado á las evoluciones pedestres, el simoun, la fiebre amarilla, el terror de padres y maridos...»

Hé aquí las exclamaciones que de seguro habrán hecho al leer el título de este artículo los oposicionistas retrógrados, enemigos de la



polka, nacidos la mayor parte en los tiempos de los polvos, del servilismo y del minué. Nada de extraño tiene semejante aversion, consecuencia forzosa de su punible quietismo y de no marchar en la locomotora del progreso y de la civilizacion, y efecto natural de no ver en la polka mas que la corteza, dos personas intencionalmente enredadas con el objeto de dar el mayor número de brinco y saltos posible. Pero en la época actual en que todo lo miramos con el lente filosófico, y hemos descubierto que todo en este mundo tiene su poquito de filosofía, y la pobre señora anda mas traqueteada que un calesin en día de toros; época en que, para colmo de miserias, un amigo mio va á dar á luz un tomo en folio sobre la filosofía del riquísimo cocido madrileño, la cuestion varia de aspecto, y ese grupo saltarin, indiferente para los profanos, se convierte para el hombre filósofo en un poema viviente, en una de las formas típicas y características del siglo.

El baile, segun cuentan decia David, primer bailarín de su tiempo, debe estar en armonía con las costumbres y necesidades de la época, condiciones que la polka llena cumplidamente. Así como el minué, por ejemplo, con su pausado compás, sus galantes cortesías y sus trenzados pasos simbolizaba perfectamente la lentitud con que nuestros abuelos marchaban hacia las luces, la caballerosidad para con las damas, su severa etiqueta y su poca sociabilidad, del mismo modo la polka con su agitado compás, sus rápidas vueltas y su mal in-

terpretada intimididad, retrata nuestra carrera acelerada hacia el progreso, la fraternidad y la asimilacion universal, nuestra tendencia á acortar todas las distancias, á saltar por encima de todo, y á mudar en un dos por cuatro (compás de polka) de gobierno, creencias y opiniones.

Bailar en el día alemana, minué ó cosa parecida, equivaldria á retrogradar un siglo, á arrinconar el frac y vestir la chupa bordada con espadín y peluca, á prender fuego al edificio del Congreso y restablecer la Santa Inquisicion.

No hay que reirse, señores míos; la polka, como el gas, el vapor, el sistema representativo, los fósforos de trueno y los globulillos homeopáticos, formarán varios de los rayos de la aureola de gloria del siglo XIX, que si por algunos será apellidado en las vénideras edades siglo de egoismo y falsedad, es decir, de *doublé* ó de *alpaca*, otros con mas filosofía le llamarán siglo de la polka, siglo en que cada uno se entiende y baila solo.

El pueblo, que segun varios publicistas, tiene el instinto de lo bueno y de lo recto, ha comprendido su actual mision en el terreno de los piés, y trabaja, aunque involuntariamente, con afán en la regeneracion de la ciencia pedestre, y dentro de poco habrán desaparecido del todo del templo de Terpsicore el bolero, las seguidillas y demás antiguallas bailables, dejando su puesto á la sudorifica y maliciosa hija del Norte.

¿Qué baile, decidme, descontentadizos criticos, ha logrado captarse el aura popular tan en alto grado como la danza que á la sazón nos ocupa?

(1) En los salones de esta casa se instaló el *Ateneo de Madrid* en la noche del 5 de diciembre de 1855, que después pasó á ocupar otra en la misma calle del Prado, señalada con el número 27 nuevo; luego á la calle de Carretas, número 27; después á la plazuela del Angel, número 1, y actualmente á la calle de la Montera.

La polka, eminentemente proudhoniana ó socialista, cuenta entre sus vasallos y sus mas ardientes apasionados al estirado lion, rinconera del Suizo, planta exótica, ingerto de calabaza y ruda, lo mismo que al dominguero hortera, prosaico spendedor de materias comestibles, á la niña *fashionable*, reina del buen tono y de la moda, lo mismo que á la desaseada Maritornes, reina culinaria, y cólera morbo de la vajilla de Talavera y de los pucheros de Alcorcon; la polka, delicia sobre todo del bello sexo, con toda su parentela de schotischs, redowas y varsoviañas, está destinada á ser la retorta en que se fundan por la *vía pedestre* en una sola sustancia todas las materias químico-heterogéneas que forman el cuerpo orgánico de la sociedad; la polka, imitando unos versos de Alzaybar en que se refiere al amor:

...pasea plazas y pensiles
y no escupe los bailes de candiles.

ó como hubiera dicho Horacio puesto en lugar mio y con tirillas á la inglesa y pantalones de embudo:

La polka con piés iguales
huella la casa pajiza
y los palacios reales.

«Pero, señor articulista, oigo que me gritan por todas partes, V. se ha constituido en órgano de la inmoralidad, en sostenedor de mala causa, en el protector de los devotos de San Crispin.» Poco á poco, señores, yo abogo tan solo por la polka tranquila, patriarcal, por decirlo así, de dos palmos y medio de entrepecho y dos milímetros por minuto de velocidad; no estoy por los polquistas que abrazan con demasiado ardor la carrera coreográfica, ni por las sílfides que con-

vierten en cugin ó en otomana el hombro de su masculina pareja; en esta parte soy moderado conservador, y adopto por divisa lo de *in medio consistit virtus*, que alguna mamá entendida en el latin traduciría por *separaditos y con juicio*.

Si aun dudais que la polka se haya encarnado en la médula de los huesos jóvenes, contemplad en el paseo y en los salones el enjambre de angelitos que polkean (al Diccionario con la palabrita) con la misma fé y galanura con que pudieran hacerlo los de quince en adelante. En prueba de ello, ahí está Clotilde que apenas cuenta dos lustros y es ya una notabilidad, una Fuocco en la polka; y aunque tiene á la costura y al catecismo la misma afición y cariño que pueden tener el rezagado contribuyente al comisionado de apremio, el cesante al ministro que no paga, y el cosechero de aceite á las luces eléctricas y de gas, sabe en cambio hacer un solo y poner una figura de cotillon, monadas que tienen con la baba caída todo el día á sus bienaventurados papás.

Tal vez andando el tiempo se exija como conocimiento indispensable para vivir entre gentes, un curso *polquitécnico* con todas las zarandajas de exámenes, certificaciones y derechos.

Malos, dignos de filípicas y de un ejemplar castigosomos los retoños de la moderna cría; pero, voto va á Herodes (y aquí viene muy á pelo) que todos los Cicerones, Alejandros y todas las Semiramis y Lucrecias en ciernes que nos vienen pisando los talones prometen, segun las trazas, dejarnos cien leguas detrás y hacernos santos ó poco menios.

Mamás que teneis la bondad de pasar la vista por estos desaliñados renglones, sed condescendientes con vuestras hijas, y no las priveis alguna que otra noche del placer de dar unas cuantas piruetas y de rasgarse su entallado traje, ó de perder entre un mar de parejas la peineta ó el brazalete.

Y á propósito, recuerdo un caso ocurrido no há muchos años que por venir á pelo voy á tomarme la libertad de referiros.



Una señora, rica hacendada de un pueblo de corto vecindario, adonde no había penetrado esa epidemia coreográfica, viéndose de edad avanzada y no queriendo irse al otro mundo sin verla corte, arregló sus bártulos, y en compañía de una hija suya trasladó sus penas á Madrid. Repuesta de las fatigas del viaje, y relacionada con varias familias de esta heroica villa, se decidió, tanto para distraer á su hija cuanto por ahorrarse el tener que salir á buscar á la calle la diversion, á dar bailes semanales en su casa, fijando para la hora de reunion las nueve de la noche. La sala fué alhajada convenientemente á la moderna, es decir, con cuantos muebles cupieron en ella, y todo estuvo preparado para la noche en que, usando de términos técnicos, debía abrir sus salones. Un inmenso gentío, atraído por la esperanza de un opíparo ambigú, acudió dos horas mas tarde al convite de la señora de la casa, que no sabía la clase de gente con que iba á habérselas. El pianista preludió una polka, y tuvo lugar la inauguración del baile. Inútil creo decir que madre é hija estaban radiantes de lujo y hermosura, segun la espresion de un gacillero que asistió á la fiesta y que tuvo racion doble en el ambigú, y que el atavio y decorado de entrámbas eran una de las obras maestras de madama Bernós ó de *Honorine de París*. Imposible es describir el asombro de la buena señora al ver cuando los bailarines entraron en calor, aquel tropel de locos que, poco menos que á escape y arrollando por delante de sí, ya una silla, ya una pareja que poco diestra no supo escaparse por la tangente, ya á algun descuidado espectador que sintió en sus espaldas el choque de aquella masa en movimiento; parecían poseidos del baile de San Vito, ó muñecos de resorte de rejón de horchatería ó de organillo que tiene cuerda mientras dura

la música. Atontada, vagando de un lado para otro, divisó á su hija fluctuando entre un Océano de parejas; y al verla con el rodete medio deshecho y semi-identificada con su ardoroso galán, perdió los estribos y empezó á grandes voces á gritar: «alto, señores, alto!» Cesó la música, y la encolerizada mamá, dirigiéndose al caballerito en cuestion, le apostrofó de la manera siguiente:

—Caballero, ¿tiene Vd. la bondad de decirme con qué derecho y en mis barbas, como suele decirse, se abraza á mi hija como á una tabla de salvacion?

—Señora, respondió el interpelado, no hago mas que seguir la costumbre establecida.

—Yo no entiendo de costumbres tan poco edificantes, ni he convidado á Vds. para que conviertan mi sala en un circo ecuestre.

—Pero, señora, el buen tono... la elegancia...

—Ya lo creo; para Vds. es un tono y una elegancia magnificas esto de asirse á una muchacha como á una cucuña, y de traerla como á un trompo dando volteretas toda la noche.

—No crea Vd. que he faltado en lo mas mínimo á la buena educacion ni á la...

—Me hago la ilusion de creerlo así; pero solo en el caso de que Vd. se case con ella, le permitiré que la abraze tan descaradamente, y aun eso tambien con su cuenta y razon.

—¡Qué ridiculez, qué oscurantismo tan pronunciado! murmuraron varios de los concurrentes, bailarines *di primo cartello*.

—Señores, prosiguió alzando la voz, yo ignoraba que el baile moderno fuera tan fraternizador y tan parecido á un gallinero en desór-

den: por lo tanto, ó Vds. tienen la bondad de bailar cien leguas unos de otros, ó de lo contrario, yo que nunca me ha gustado complicidad de ningún género, tendré el sentimiento de suprimir las reuniones semanales.

Nadie se atrevió á pronunciarse contra la disposición de la autoridad competente, y el modesto rigodon hizo el gasto con no poca pena de los amantes y anexionistas.

Escusado es decir que las dichas reuniones murieron por inanición, cosa que el ama de la casa no sintió mucho, atendido el gasto de sorbetes y manjares que hicieron la noche de la inauguración. Ha desechado dos pretendientes á la mano de su hija por pertenecer á la secta de los polquistas, y se propone restablecer las noches de reunión en su casa resucitando el britano, el paso inglés y demás bailes mas templados segun dice.

No creais, bellisimas lectoras mías madrileñas, que al relatar este hecho reciente y verídico ha sido mi ánimo ridiculizar la polka; nada de eso: ¿cómo había de soñar semejante cosa el que como yo es uno de sus súbditos mas fieles y mas apasionados? Por si acaso involuntariamente os he disgustado con este artículo, os pido conrito perdón de mis culpas, y os invito, en desagravio, para una polka cada una en el baile de máscaras del domingo de Carnaval en el Teatro Real.

Y con esto besa vuestros piés el mas rendido, humilde y polquista servidor vuestro,

RAFAEL GARCIA Y SANTISTEBAN.

EL CAMBIO DE LAS EDADES.

CUENTO.

Ved aquí lo que he leído en uno de esos maravillosos libros de cuentos que nuestros antepasados escribían en aquellos tiempos, para divertir á los niños y para hacer soñar á los hombres.

En un pueblecito que está en el fondo de un valle de las Asturias, vivía en otro tiempo un honrado zapatero llamado Martin. Era un buen viejo, estimado de todo el mundo, y su acreditada tienda jamás se veía desocupada de muchachos y muchachas, que le traían sus piés para que los calzase, porque Martin tenía sobre todo la reputación de calzar admirablemente bien á los chicos y chicas.

Este buen hombre estimaba con pasión tan particular los piés pequeños, pasión tan verdadera y fuerte, que una mañana se le oyó gritar: ¡infeliz Martin! desafortunado Martin! ¿qué crimen has cometido pues para que la vejez te haya hecho un pié de nueve pulgadas?

A fuerza de llorar sobre la longitud de sus piés, á fuerza de manosear los bonitos piecitos de los niños, el pobre zapatero Martin vino á echar de menos su juventud. Ay! pensaba, qué dichoso tiempo aquel en que iba á la escuela, me peleaba con mis camaradas, era aturrido, alegre, sin pesar de ninguna especie! Dichoso tiempo, Dios mío, aquel en que tenía un pié á lo mas de tres pulgadas! Cómo daría gusto cuanto poseo en el mundo por volverme pequeño, con una boca chiquita, manos pequeñitas, cuerpo pequeño, piernas lo mismo, y sobre todo los piés! ¡Oh! cuán feliz sería si tuviese cinco ó seis años!

Apenas acabó Martin de decir *cinco ó seis años*, cuando un niño de esta edad entró en su tienda.

—Buenos días, maestro Martin.

—Muy buenos, mi Cristobalito, dijo el viejo enjugándose prontamente sus lágrimas; muy felices, querido niño!

—¿Qué teneis pues, maestro Martin? Cualquiera dirá que habeis llorado.

—Ah! no me habéis de eso; tengo un gran pesar!

—Vaya! y yo tambien, maestro Martin, yo tambien estoy muy pesoso. Ah! ah! maestro Martin!

—Ay! ay! mi pobre Cristóbal!

Y después se pusieron los dos á sollozar.

Luego que se hubieron cansado bien de llorar, Cristóbal se paró de pronto, y con tono de voz bien tranquila dijo:

—¿Sabeis, maestro Martin, por qué estoy tan desazonado?

—No, respondió el zapatero.

—Pues bien, prosiguió Cristóbal, voy á deciroslo; lloro porque no soy grande; esto es lo que me hace infeliz. Si fuese grande, no iría mas á la escuela; si fuese grande, mis camaradas no me pegarían; si fuese grande, tendría una casa mía; si fuese grande, no comería mas pan seco para almorzar; si fuese grande...

—Tendríais un gran pié! exclamó Martin con desesperación.

—Un gran pié! Y qué quereis que se me dé á mí de eso? Tanto mejor! Por el contrario, con un gran pié, me mantendría mas firme sobre

mis piernas; andaría mas sin cansarme; tendría lindas botas, y podría mantenerme firme á caballo.

—Ay, mi querido niño! dijo entre dientes Martin, se ve bien que no tienes alma de artista; que no sabes lo que es tener cuarenta, cincuenta, y luego setenta y dos años, como yo los tengo á la hora presente; se ve bien, mi pobre Cristóbal, que jamás has meditado en la muerte y que no eres zapatero.

—Es verdad; mas siempre es fastidioso, dijo Cristóbal, muy fastidioso, tener solo seis años, aprender á leer, comer pan seco, y ser aporreado porque no es uno el mas fuerte. Decid pues, maestro Martin, ¿no conocéis un medio de que yo crezca pronto?

Volvíase en esto hacia Martin para oír su respuesta, cuando vió que el buen hombre estaba estupefacto delante de un cajón de su cómoda, que se abría solo.

Del fondo del cajón salió una mujer pequeñita que tenía una hermosa cabeza de niño sobre un cuerpo cansado de viejo. —Salud! dijo esta.

Martin hizo una profunda reverencia, como si el rango de aquella persona le fuese conocido. Sin embargo, Cristóbal tenía miedo.

—Tranquilízate, Cristóbal, le dijo la jóven y vieja á un tiempo con amable sonrisa; no temas nada; yo soy la que dirijo los cambios de edades. Os he oído á ti y á ese zapatero, y vengo á ofreceros mis servicios. Soy el hada Biforme.

—¿Que rejuvenece? preguntó precipitadamente el viejo Martin.

—Y que pone viejos al mismo tiempo, continuó el hada, porque no podría rejuvenecer una criatura humana sin envejecer otra al mismo instante; ni poner viejo á uno sin rejuvenecer á otro. Los años que quito de encima de un viejo, es menester que los traslade á un jóven. El tiempo, amo de todos nosotros, no debe perder nada en este tráfico, que jamás puede ser mas que un cambio. Si fuese otra cosa, ¿á qué se reducirían los días, los meses y los años pasados? Todo minuto empleado en vivir debe contarse en la edad de un hombre, sea en la edad de aquel mismo que ha vivido este minuto, sea en la de otro cualquiera, lo que importa poco; mas lo repito, este minuto de vida debe contarse para alguno. Veamos pues: ¿no eres tú, Cristóbal, el que quiere envejecer; y tú, Martin, no deseas rejuvenecer? Hablad, y conforme á vuestros deseos, os trasformo á los dos; á ti Cristóbal en Martin, y á ti Martin en Cristóbal. Bastará que os toque con mi varita. Vuestra resolución aguardo.

Martin no podía hablar; tanta era su alegría. Solamente hacia señas con su mano descarnada y grande de que aprobaba el cambio.

—Y tú, Cristóbal, preguntó el hada, ¿no quieres pues convertirte ya en un hombre?

—Seguro que sí, señora, respondió el niño después de largos esfuerzos para tomar un poco de aliento; de fijo, grande hada, de cierto, gran diosa, deseo convertirme en un hombre; pero si quereis que os lo diga, no me agrada ser un viejo zapatero.

—¿Qué viene á ser eso? exclamó el maestro Martin.

La encantadora le impuso silencio. En seguida, dirigiéndose á Cristóbal, dijo: reflexiona, niño mío. Si no consientes tomar la edad de Martin, conserva la tuya; si no eres él, permaneces siendo tú, es decir, un muchacho que va á la escuela, que no quiere aprender nada, y que se le azota.

—Pero, señora, preguntó Cristóbal, ¿no puedo volverme grande sin convertirme en viejo seguidamente?

—¿Eso se llama viejo? Setenta y dos años es todavia una edad muy bella, dijo Martin con un acento que se esforzaba en hacer parecer jóven y cariñoso. Además, piensa pues, mi Cristobalito, que tomando mi edad, tomas tambien mi nombre, mi oficio, mi casa, mi haber. Tengo un jardín soberbio en donde maduran frutos exquisitos. Mis muebles son nuevos casi todos: y ellos te pertenecen. En aquel grande armario de encima que ves allí, no sé exactamente cuántas monedas de oro encontrarás; mas te aseguro que cuatro por lo menos. Tengo una reputación de buen zapatero, y te aprovecharás de ella; tendrás parroquianos de todas las montañas; haces una lucida suerte; compras un coche, caballos, unas tierras.... Mira, ahora que pienso en ello, veo que tal vez hago una tontería ¡dejar! dejar un establecimiento, una casa, riquezas sin número, para tener ¿que? pan seco de almuerzo! A fé mia....

La fingida irresolución del astuto viejo logró el resultado que él esperaba. Cristóbal se adelantó de pronto; la cabeza erguida como uno que se presenta á tomar una resolución. Sin embargo, con algun resto de indecision en la voz, repitió á la encantadora esta pregunta:

—Pero, señora, ¿no puedo convertirme en grande sin volverme viejo en seguida?

—Te he dicho ya que no, y por qué causa es imposible, respondió la hada.

Cristóbal arrojó un gran suspiro; después llevó de nuevo los ojos con curiosidad sobre Martin, que andaba por el cuarto con paso pronto, la nariz visible, rostro abierto, soplándose é hinchándose los carriles,

tarareando una cancioncilla, mirando risueño á la encantadora, dando compases y saltos, y aun danzando para disimular su vejez, á fin de estimular á Cristóbal á hacer el trueque de edades.

Todos los saltos de Martín vencieron en fin la poca repugnancia que tenía todavía el niño.

—Señora, dijo á la encantadora, consiento; pero necesito...

A la palabra necesito, la encantadora, sin aguardar el resto de la frase, tocó con la punta de su varita á Cristóbal, que en el mismo instante se encontró duramente sentado en una silla vieja de madera forrada de cuero. Cada una de sus manos, enteramente enjutas y ennegrecidas, tenía sujeto sobre su rodilla un zapatito de cordobán, y en la otra tenía un martillo pesado, que le servía para golpear la suela. Una tos súbita desvió el golpe que destinaba al zapato, y el martillo le magulló dos dedos, por lo que hizo un horrible gesto.

(Concluirá.)



LOS INDIANOS.

NOVELA ORIGINAL

POR D. ANTONIO DE TRUEBA.

III.

DE CÓMO EL CURA Y SU SOBRINO FUERON EN BUSCA DE AGUA Y NO SE ACORDARON DE PEDIRLA.

Era una hermosa tarde de primavera. El cura de Güeñes y su sobrino estaban en un alto inmediato al caserío de Echederra apoyados en sus escopetas, observando á dos hermosos perros que rastreaban en una ladera cercana.

—Tío, dijo Mateo, me parece que Capitan y Leon no dan ya con la liebre. Mejor será que nos vayamos acercando á casa, porque va viniendo la noche.

—Soy de tu opinion, contestó el cura. Estoy rendido, y eso que esta tarde hemos andado poco. Ya no valgo dos cuartos, Mateo! Los viejos tenemos que renunciar á la caza...

Tío y sobrino se echaron las escopetas al hombro y tomaron cuesta abajo llamando á los perros, cuyo uniforme *guau guau* se oía sin cesar, no ya en la ladera, sino en el castañar de la calzada.

Mateo, que caminaba delante, en vez de seguir en derechura el camino que bajaba al valle, tomó una senda que conducía al caserío de Echederra.

—¿Qué, vamos á Echederra? le preguntó D. José.

—Sí, tío; con eso descansaremos allí un rato y beberemos un trago de agua; que yo me estoy muriendo de sed.

El cura se sonrió maliciosamente y dijo:

—Vamos, vamos, Mateo, que para haber recorrido dos mundos eres poco diestro en disimular. No creo que en casa de Martín se pueda descansar mejor que en estas arboledas alfombradas de flores, ni beber mejor agua que la que aquí brota á cada paso. Pero aquí no hay como en Echederra una Rebeca que alargue el cántaro á Eliecer.

—¿Tío!...

—Vamos, no me niegues que vas todos los días á Echederra por ver á Juana. ¿Eso qué tiene de malo siendo ella honrada y buenas tus intenciones?

—Pues bien, tío, no se ha equivocado Vd.; quiero á la hija de Martín, y creo que ella también me quiere. Perdóne Vd. que se lo haya ocultado...

—No, no me lo has ocultado, Mateo, porque tú no puedes ocultar lo que siente tu corazón. Pero ¿por qué no declaras terminantemente tus intenciones á Martín y Mari, y sobre todo á su hija?

—Es tan delicada esa familia, que temo desechen mi proposición por lo mismo que otros la aceptarían, porque soy casi rico y ellos son pobres.

—Eso es lo de menos, hombre. ¿Es delito el ser rico habiendo adquirido honradamente las riquezas y haciendo buen uso de ellas como te sucede á tí?

—No señor, pero... Quizá no tarden en ser mas ricos que yo, y entonces...

—Entonces dirán... no ellos, porque son incapaces de un mal pensamiento, sino las malas lenguas, que has tenido miras interesadas.

—Tiene Vd. razón, tío; no había caído en eso.

El cura y su sobrino continuaron hacia el caserío de Echederra.

Martín y su familia estaban detrás de la casa *sallando* un maizarr, es decir, arrancando los piés de maiz inútiles y calzando los útiles con tierra cabada someramente.

—¿Qué tenemos de nuevo, Martín? dijo el cura.

—Nada, señor D. José, contestó el labriego. Hoy ha ido á Bilbao Ignacio, y aunque ha venido ya el correo de América, no ha habido carta para nosotros. De modo que ya es escusado...

—¿Cómo que escusado? le interrumpió Mateo. Es preciso tomar una determinación.

—¿Y qué hemos de hacer? Ande Vd., buen provecho les hagan á los testamentarios los quinientos mil duros de mi hermano; que nosotros pasaremos con nuestra pobreza.

—Tiene razón padre, dijeron Ignacio y Juana.

—Y mucha, asintió Mari.

—¡Esto no se puede sufrir! exclamó Bautista arrojando la azada, que derribó tres ó cuatro piés de maiz.

—Pues qué, replicó Mari, ¿seremos como tú que no tienes mas Dios que el dinero? Si te consume la avaricia! si por ella te has de ver en un presidio!...

—Vamos, Mari, dijo el cura con acento conciliador, déjele Vd., que lo que es ahora merece alguna disculpa. Es inútil volver á escribir á Méjico, porque está visto que hay mala fé en los testamentarios del difunto, y en su vista es menester que una persona interesada pase allá. Martín no se halla en edad de atravesar los mares; Bautista no sabe escuela...

—El se tiene la culpa, dijo Mari, que por mas que batallamos con él no le pudimos hacer que aprendiera el *A E I O U*. ¿Qué poco se parece á su hermana! Está la pobre aprendiendo á leer sin mas maestro que Ignacio, y ahora que se ha empeñado en aprender á escribir, hace ya palotes que da gloria de Dios el verla.

—¡Ya! dijo Bautista. Eso es porque le da vergüenza decir á D. Mateo que no sabe escribir.

Juana se puso colorada. D. José miró á su sobrino con significativa sonrisa.

—Hace bien, replicó Mari. No, que será como tú que nunca quisiste...

—Bien, Mari, lo pasado pasado, ya no tiene remedio. Conque vamos á ver, Ignacio, ¿te hallas con ánimos para embarcarte?

—Señor D. José, iré hasta el fin del mundo si mis padres son gustosos...

—¡Ay señor D. José! exclamó Mari, meterse en el mar el hijo de mis entrañas!

Tiene razón Mari, añadió Martín. El hombre donde el buey paca...

—¡Eh! no sean Vds. cobardes, replicó Mateo. El mar ofrece peligros; pero ¿no los ofrece también la tierra? ¿Está de Dios ó no está de Dios que uno se ha de ahogar? Si lo está, se ahoga aunque sea en una escudilla de agua. ¿No han oído Vds. contar lo de aquel que sabiendo que su sino era morir ahogado, no salía nunca de casa, y por último se ahogó en la palangana?

—Tiene razón D. Mateo, asintió Ignacio. Lo que dice el cantar:

No tengo miedo á la muerte
aunque la encuentre en la calle;
que sin licencia de Dios
la muerte no mata á nadie.

—Conque padre, si Vd. quiere, me planto en Méjico mas pronto que la vista, y vuelvo con los quinientos mil del pico, porque es una triste gracia que habiendo por aquí gente pobre los disfruten aquellos picaros.

—Bueno, contestó Martín. ¿Qué dices tú, Mari?

—Yo doy por hecho lo que tú hagas; que Dios y la virgen del Cármen me le librarán de una desgracia.

—Vaya! conque es cosa decidida, dijo Mateo. Es preciso hacer los preparativos y que parta Ignacio cuanto antes.

En efecto, ocho días después se embarcó Ignacio en Bilbao, provisto de cartas de recomendación, de instrucciones y de dinero que Mateo y el cura le facilitaron.

IV.

LA CARTA.

Algunos meses después de la partida de Ignacio para América, se sentaban los moradores de Echederra á almorzar una hermosa fuente de leche con harina.

Graves disgustos debía haber experimentado aquella familia, pues Juana había perdido sus rosados colores, Martín y Mari habían envejecido mucho, y todos estaban silenciosos y tristes.

—Hija mía, decía Mari á la muchacha, ¿por qué no almuerzas?

—Ya almuerzo, madre.

—¿Si apenas pruebas la comida!

—No tengo ganas.

—Pues hija, cuando no hay ganas, se hace una cuenta que la comida es una medicina, y adentro con ella. El que no come tiene pena de la vida. Pero ¿qué es lo que tienes, hija?

—Es escusado preguntarlo, dijo Martin: está malo Mateo, y ella se empeña en estarlo también.

—Y lo estará, y hasta se morirá si continúa así. Vamos, almuerza, hija, mira qué rica está la leche. Pronto se pondrá bueno Mateo, os casareis, y se acabarán tus penas.

—¡Ay madre! Si se muere, me muero yo también!

—¡Morirse! No digas disparates, hija! Si dice el cirujano que está ya fuera de peligro! Pues qué, ¿es él el primero á quien disparánselo la escopeta, le ha entrado la perdigonada en el cuerpo y á la vuelta de unos meses ha quedado como si tal cosa? Es verdad que estuvo si se va ó no se va; pero á Dios gracias y á la Virgen del Cármen, ya nada hay que temer.

—¡Qué fastidio! exclamó Bautista tirando la cuchara. Siempre están Vds. con el indiano á vueltas! A ver cómo no se le lleva el diantre!...

—¡Bautista! dijo Martin, no tomes en boca á Mateo sino para bendecirle.

—Mire Vd., bendecirle! Para lo que nos da...

—Nos da mas que nosotros merecemos, nos da cuanto necesitamos...

—Pues yo digo que es un ruin, un miserable.

—¡Bautista! exclamaron á un mismo tiempo indignados todos los circunstantes.

—Tener mas dinero que él pesa y consentir que trabajemos como negros... ¡Qué lástima que cuando se le disparó la escopeta yendo de caza, en lugar de darle en el costado, no le hubiera levantado la tapa de los sesos!

—¡Calla, calla esa lengua infame! exclamaron todos en el colmo de la indignación.

—No quiero callar.

—¡Vas á acabar con nosotros; nos vas quitando los días de la vida! dijo Mari. Desde que se marchó tu pobrecito hermano no nos dejas una hora de sosiego; no hay paz en esta casa. ¡Hijito de mis entrañas! Si él estuviera aquí, otra cosa sería!...

Y la pobre Mari prorumpió en llanto, imitándola su hija. Martin bajó la cabeza en silencio y se le saltaron las lágrimas.

Maldito sea el hijo que arranca una lágrima de los ojos de sus padres!

El almuerzo había terminado, aunque la fuente estaba casi llena aun. El disgusto había quitado á todos la gana de almorzar y hecho caer de sus manos la cuchara.

—¡Martin! ¡Martin! llamó un hombre desde el pie de los cerezos.

Martin se apresuró á contestarle desde la ventana:

—¿Qué traes, Miguel?

—¡Buenas noticias! Fui ayer á Bilbao con mis cestas y me dieron en el correo una carta de las Indias para vosotros. Como volví tarde no pude traérsela anoche.

Martin, su mujer y sus hijos se lanzaron al encuentro de Miguel. Este entregó una carta al anciano.

Martin exhaló un nuevo grito de alegría al reconocer el sobre. La letra era de Ignacio, de su hijo.

Mari le arrebató la carta de las manos y la leyó repetidas veces regándola con sus lágrimas, en lo que la imitó Juana arrebatándose la á su vez.

¿Y cómo no besar aquel ansiado papel en que se había posado la mano del hijo y el hermano querido, cuya ausencia lloraban hacia tanto tiempo?

Bautista era el único que se mostraba poco menos que impasible en presencia del acontecimiento que alborozaba á su familia.

—¿A qué vienen esos estremos, decía, si aun no sabemos si Ignacio ha tomado posesión de la herencia?

—Sí, Bautista tenía mal corazón como su padre había dicho! No le bastaba saber que su hermano vivía! Para sentir la alegría que á sus padres y á su hermana enajenaba, le era preciso saber que su hermano era rico! Si no lo era, ¿qué importaba todo lo demás? Sí, Bautista tenía mal corazón! Era uno de esos hombres para quienes toda la felicidad consiste en el dinero; que no comprenden las afecciones desinteresadas!

Martin recobró por último la carta de manos de su hija, y la abrió temblando de emoción.

Hé aquí su contenido:

«Méjico, etc.

«Queridos padres y hermanos: la desgracia me ha perseguido desde que me separé de Vds.; el buque en que me embarqué para Nueva España sufrió grandes contratiempos en alta mar, y después de una navegación penosísima entramos en el golfo de Méjico, creyendo llegar al término de nuestras desventuras; pero Dios nos destinaba á sufrir otras mayores. Se encrespan de repente las olas, desencadenanse los

huracanes, el cielo se cubre de oscuras nubes, brillan los relámpagos, y el rayo desarbola nuestro buque. Largo tiempo luchamos con la furia de los elementos, casi sin esperanza de salvación, y al fin el barco se hizo pedazos, y la mayor parte de mis compañeros de viaje perecieron entre las olas. En aquel instante invoqué el nombre de Dios y el de la Virgen del Cármen, cuyo escapulario me dió mi madre al partir, y logré asirme á una tabla. Sobre aquel fragilísimo leño conseguí acercarme á la costa; pero me iban faltando las fuerzas, y la tempestad arreciaba cada vez mas, y en la playa bramaban como el trueno las olas, y parecían altas montañas cubiertas de nieve. Daba ya el último adiós al mundo, para mí muy querido, porque en él están mis padres y mis hermanos, cuando descubrí cerca de mí un barquichuelo, tripulado por audaces habitantes de aquella costa.

»Aquellos hombres, casi náufragos como yo, me vieron, y con esposición de su vida acudieron á salvarme. Al fin pisé el nuevo continente; pero ¡en qué estado, Dios mío! Apenas podía tenerme en pie; mis manos estaban ensangrentadas y mis brazos descoyuntados, á causa de los esfuerzos que había hecho para que las olas no me arrebatasen de la tabla salvadora. Hicieron los pobres indios una especie de camilla de ramas, y colocándome en ella me condujeron, atravesando bosques inmensos, á una aldea, donde encontré la hospitalidad mas generosa. Allí permanecí muchos dias, siendo objeto de los cuidados mas solícitos, hasta que, recobradas algun tanto mis fuerzas, me despedí de mis bienhechores, llorando de gratitud.

(Continuará.)

EN SUS DIAS.

Vuela, vuela, cefirillo,
y en tus juguetonas alas
lleva el eco de mi llanto
á la mi querida ingrata.

Enhorabuena recibe
mañana por la mañana,
y serán enhorabuena
saber mis enhoramalas

Con recelo y con cuidado
asómate á su ventana;
no se abraze tu frescura
al resplandor de su cara.

Si á la nieve de su pecho
tu atrevimiento llegara,
para derretirla lleva
el aliento que me abrasa.

Y si hallas lugar bastante,
sobre sus manos estampa
el primer ósculo ciego
que de mis labios se escapa.

En su corazón no busques
ningun resquicio del alma,
porque en él hallarás solo
epitafios de otras almas.

Ni por mi nombre preguntes
de su memoria en la plaza,
porque en concurso tan grande
confusa respuesta hallaras.

No le digas que me muero;
que me mandará esperanzas,
para volverme á la vida
y hacer mis penas mas largas;

Que en desdeñosas mujeres
saber que el desden maltrata,
es como en el avariento
saber á lo que más gana.

Dila solo que hace un año
que estudio para olvidarla,
y que hace un año que vivo
hecho un manantial de lágrimas.

Dila que mire mi rostro
si le conoce la ingrata,
y gozará el espectáculo
de ver una sombra humana.

Y dila... Mas nada digas;
que antes de pocas mañanas,
muriendo, que ya es el único
consuelo que amor me guarda,
estaré de enhorabuena,
y estará de enhoramala.

E. G.

Director y propietario D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO É ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra.